

LOS STANISLASKI

# NORA ROBERTS

*Negocios y placer*

No podrán luchar contra el destino...



La atractiva mujer de negocios Sydney Hayward decidió contratar al carpintero y escultor Mikhail Stanislaski para que arreglara un edificio de su propiedad en Nueva York. Fue entonces cuando Mikhail descubrió que los negocios pueden convertirse en placer.



A Gayle Link  
Bienvenido a casa

## Prólogo

El patio de recreo era una algarabía. A sus escasos ocho años Mikhail llevaba ya dos en los Estados Unidos, y afortunadamente no temía ya que llamaran en cualquier momento a su puerta para llevarse a su padre, o que lo despertaran de repente una mañana en Ucrania para tener que escapar a Hungría, atravesar Austria y llegar finalmente a Nueva York. Algo que, a la luz del tiempo transcurrido, le parecía un sueño.

Vivía en Brooklyn, y eso estaba bien. Tenía la nacionalidad estadounidense, y eso estaba aún mejor. Con su hermana mayor y su hermano pequeño iba al colegio... y hablaban inglés la mayor parte del tiempo. Su hermanita pequeña, todavía bebé, había nacido allí, y por suerte nunca sabría lo que era temblar de frío escondida en un vagón de tren, esperando a que la descubrieran. O esperando alcanzar la libertad.

Había veces en que no pensaba en nada de eso.

Le gustaba levantarse por la mañana y mirar por la ventana de su dormitorio las casitas pequeñas que tanto se parecían a la suya. Le gustaba oler el desayuno que su madre preparaba en la cocina. Y oír silbar a su padre mientras se preparaba para salir a trabajar. Su padre tenía que trabajar mucho, y a veces volvía por las tardes muy cansado, pero siempre tenía una sonrisa en los ojos. Y por las noches siempre había comida caliente y risas en la mesa donde se sentaban a cenar.

El colegio no estaba tan mal, y estaba aprendiendo mucho. Excepto cuando sus profesores decían que tenía el de-

fecto de soñar despierto con demasiada frecuencia.

—Mira. Las chicas están saltando a la comba —le comentó en aquel instante Alexi, su hermano pequeño, en el patio de recreo.

Ambos tenían el cabello oscuro y los ojos de un color castaño dorado. A sus años, no se preocupaban demasiado de las chicas. A no ser que fueran de la familia.

—Natasha —añadió Alex con una orgullosa sonrisa, refiriéndose a su hermana mayor— es la que mejor salta.

—Es que es una Stanislaski —comentó Mikhail, como si eso lo explicara todo.

Alexi asintió en silencio mientras escrutaba el patio de recreo. Le gustaba ver cómo se comportaba la gente, lo que hacía y no hacía. Fijó la mirada en los dos chicos que se encontraban en el otro extremo de la pista.

—A la salida del colegio tenemos que darles su merecido a esos dos. Willy y Charlie Braunstein.

—De acuerdo. ¿Por qué? —inquirió Mikhail.

—Porque Will dijo que éramos espías rusos y Charlie le rio la broma. Por eso.

—Ya —asintió Mikhail. Y los dos hermanos se miraron, sonriendo.

Volvían del colegio a casa con retraso. Mikhail llevaba el pantalón roto y Alexi el labio inferior partido, pero había valido la pena. Los hermanos Stanislaski habían salido victoriosos de la batalla.

—Charlie tiene un buen gancho —comentó Mikhail—. Cuando vuelvas a enfrentarte a él, tendrás que ser más rápido. Y además tiene los brazos más largos que tú.

—Pero ahora tiene un ojo morado —apuntó Alex con tono satisfecho.

—Sí. Cuando mañana vayamos al colegio... Oh, oh —se interrumpió de repente, atemorizado.

Nadia Stanislaski, su madre, los estaba esperando en la puerta de casa, con las manos en las caderas.

—Vaya. Creo que vamos a tener problemas... —musitó Alexi.

—Y que lo digas —repuso Mikhail.

Alexi ensayó la más beatífica de sus sonrisas, a pesar del dolor del labio. Pero Nadia seguía mirándolos con expresión ceñuda.

—¿Habéis vuelto a pelearos otra vez?

Como mayor de los dos, Mikhail dio un paso hacia delante.

—Solo un poquito.

—¿Entre vosotros?

—No, mamá —Alex le lanzó una esperanzada mirada—. Will Braunstein nos dijo que...

—No me interesa lo que os dijo Will Braunstein. ¿Soy yo acaso la madre de Will Braunstein?

Ante su tono enfadado, ambos bajaron la mirada al suelo, murmurando:

—No, mamá.

—No, claro. Soy vuestra madre. Y esto es lo que hago cuando mis hijos vuelven tarde del colegio y se pelean como vándalos...

Pero antes de que pudiera meterlos en la casa, escuchó un ruido traqueteante que solo podía provenir de la vieja camioneta de su marido, Yuri.

—¿Qué es lo que han hecho? —inquirió al contemplar la escena.

—Pelearse con los Braunstein. ¡Vamos dentro ahora mismo a llamar a la señora Braunstein para pedirle disculpas!

—¡Ay! ¡Uy! —protestó Mikhail cuando Nadia lo agarró de una oreja.

—Creo que esto podría esperar. Tengo algo que enseñaros... —anunció Yuri mientras bajaba del vehículo, sosteniendo un diminuto cachorro de perro—. Os presento a Sasha, vuestro nuevo hermanito.

Ambos niños gritaron de deleite y, una vez liberados, corrieron a acariciarlo. El perrito los lamió a su vez, agrade-

cido, y Yuri se lo entregó solemnemente a Mikhail.

—Es para vosotros dos y para Tasha y Rachel. Cuidaréis de él, ¿entendido?

—Lo cuidaremos muy bien, papá —exclamó Alex—. ¡Dámelo, Mik! —exigió.

—Soy el mayor. A mí me lo dio papá primero.

—Hey, no os peleéis. Venga, enseñádselo a vuestras hermanas —pronunció Yuri, y los dos niños lo abrazaron emocionados.

—Gracias, papá —dijo Mikhail, y se volvió luego hacia su madre para darle un beso en la mejilla—. Ahora mismo llamamos a la señora Braunstein, mamá.

—Desde luego que la llamaréis —Nadia sacudió la cabeza mientras los dos niños entraban corriendo en la casa, llamando a gritos a sus hermanas—. Vándalos —pronunció, repitiendo la palabra que había aprendido recientemente de su vecina, Grace Macnamara, y que tan bien parecía sentarles a sus hijos.

—Bah. Es normal a su edad —comentó Yuri antes de levantar a su esposa en brazos, riendo a carcajadas—. Somos una familia americana —la bajó al suelo y, tomándola de la cintura, se dispuso a entrar en la casa—. Dime: ¿qué tenemos hoy para cenar?

## Capítulo 1

No era una mujer paciente. Toleraba mal los retrasos y las excusas. En cuanto a las esperas, y en aquel momento estaba esperando, hacían descender varios grados la temperatura de su mal genio. Y, con Sydney Hayward, aquella furia helada era muchísimo peor que la rabia más ardiente. Una fría mirada o comentario suyo hacían temblar al más templado. Y ella lo sabía.

En aquel momento paseaba arriba y abajo por su despacho, en el décimo piso de un rascacielos del centro de Manhattan. Todo estaba en su lugar: documentos, archivos, agendas y libros de direcciones. Su escritorio de ébano con aplicaciones de bronce estaba perfectamente ordenado, con los bolígrafos y plumas colocados en hilera sobre su pulida superficie, los libros de notas cuidadosamente situados al lado del teléfono...

Su propia apariencia era un reflejo de la meticulosa precisión y fina elegancia del despacho: un traje de color beige perfectamente almidonado y planchado, que destacaba sus largas piernas; su sencillo collar de perlas, con los pendientes a juego y su reloj de oro, todo muy discreto pero a la vez exquisitamente selecto. Como correspondía a una Hayward.

Se había recogido el cabello, de color rojo cobrizo, con un broche dorado. Las diminutas pecas que salpicaban su rostro resultaban casi invisibles bajo una ligera capa de maquillaje. Sydney era consciente de que aquellas pecas la hacían parecer demasiado joven y vulnerable. A sus veintiocho años tenía una cara que expresaba a la perfección su

origen. Pómulos resaltados, barbilla levemente apuntada, nariz recta y pequeña. Un rostro aristocrático, tan pálido como la porcelana, con una boca bien delineada y unos enormes ojos de color azul oscuro, en los que mucha gente creía ver tanta inocencia como vulnerabilidad.

Miró de nuevo su reloj, suspiró y se acercó a su escritorio. Antes de que pudiera levantar el teléfono, sonó el intercomunicador.

—¿Sí?

—Señorita Hayward, hay un hombre aquí que insiste en hablar con la persona que está al frente del proyecto Soho. Y su cita de las cuatro...

—Ya son las cuatro y media —la interrumpió Sydney, con tono rotundo—. Hágalo pasar.

—Sí, pero no se trata del señor Howington...

Así que Howington había mandado a un subordinado. El disgusto la hizo levantar aún más la barbilla.

—Hágalo pasar —repitió antes de desconectar el intercomunicador. Evidentemente habían pensado que un ejecutivo joven conseguiría aplacarla. Aspirando profundamente, se dispuso a matar al mensajero.

Por fortuna, años de entrenamiento la habían preparado para no cometer el descuido de abrir la boca de asombro cuando vio entrar a aquel hombre. Cuando lo vio entrar... no caminando, sino contoneándose, como un atractivo pirata avanzando por la cubierta de su barco. Su asombro inicial nada tuvo que ver con el hecho de que era terriblemente guapo. Tenía el cabello negro y rizado, recogido en una corta coleta, y un rostro de rasgos finos, atezado, con unos ojos casi tan negros como su pelo. La barba de varios días le daba una apariencia sombría, peligrosa.

Todavía peor era el hecho de que llevara aquella ropa de trabajo: unos viejos y desteñidos vaqueros, una camiseta sudada y unas gastadas y polvorientas botas. Sydney pensó de inmediato que ni siquiera se habían molestado en enviarle a un joven ejecutivo, sino a un obrero que ni si-

quiera se había arreglado un poco antes de realizar la entrevista.

—¿Usted es Hayward? —inquirió con tono insolente y un ligero acento eslavo.

—Sí, y usted llega tarde.

—¿Ah, sí? —la miró con ojos entrecerrados, al otro lado del escritorio.

—Sí. Puede que le resultara útil llevar un reloj. Y aunque usted no valore su tiempo, yo sí que valoro el mío, señor...

—Stanislaski —deslizó los pulgares en las trabillas de los vaqueros, adoptando una pose inequívocamente arrogante—. Sydney es un nombre masculino.

—Obviamente se equivoca usted —arqueó una ceja.

La barrió lentamente con una mirada cargada de tanto interés como disgusto. Era tan apetecible como una tarta helada, pero no había dejado a medias su trabajo para tener que soportar a una mujer así.

—Obviamente. Yo creía que Hayward era un anciano de bigote blanco.

—Se refiere usted a mi abuelo.

—Ah. Entonces es a su abuelo a quien quiero ver.

—Eso no será posible, señor Stanislaski, ya que mi abuelo falleció hace cerca de dos meses.

La arrogancia de la mirada del recién llegado se tornó de pronto en compasión.

—Lo siento. Es muy duro perder a un familiar.

Sydney no sabía por qué, pero aquellas pocas palabras, pronunciadas por un desconocido, la conmovieron profundamente.

—Sí que lo es. Y ahora, si quiere tomar asiento, podremos hablar de negocios.

Fría, dura y tan distante como la luna, pensó Mikhail. Mejor así. Eso le impediría pensar en ella de una forma demasiado... personal. Al menos hasta que consiguiera lo que había ido a buscar.

—Le había enviado varias cartas a su abuelo —se sentó frente a su escritorio—. Quizá la última se traspapelara con la lógica confusión generada por su fallecimiento...

—Toda su correspondencia me ha sido entregada —declaró Sydney, entrelazando las manos sobre la mesa—. Como ya sabrá usted, Empresas Hayward está considerando...

—¿Qué?

Sydney tuvo que dominar su irritación por haber sido interrumpida de aquella forma.

—¿Perdón?

—¿Qué está considerando su compañía?

Si hubiera estado sola, habría suspirado profundamente y cerrado los ojos. En lugar de ello, tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿Qué posición tiene usted, señor Stanislaski?

—¿Posición?

—Sí, sí... ¿a qué se dedica?

La impaciencia de su tono lo hizo sonreír.

—¿Se refiere a lo que hago? Trabajo la madera.

—¿Es usted carpintero?

—A veces.

—A veces —repitió ella, y se recostó en su sillón—. Quizá pueda decirme por qué Construcciones Howington tiene la costumbre de enviar a obreros para que los representen en entrevistas como estas.

—Podría hacerlo, desde luego... si ellos me hubieran enviado, que no es el caso.

Sydney tardó unos segundos en darse cuenta de que no se estaba mostrando deliberadamente obtuso con ella.

—¿Usted no pertenece a Howington?

—No. Me llamo Mikhail Stanislaski, y vivo en uno de sus edificios. Si está pensando en contratar a Howington, yo que usted me lo pensaría dos veces. Una vez trabajé para ellos, pero cuidaban muy poco los detalles y ahorraban demasiado en material.

—Discúlpeme —Sydney pulsó el botón de su intercomunicador—. Janine, ¿le dijo el señor Stanislaski que representaba a Howington?

—Oh, no, señorita. Él solo quería una entrevista con usted. Hace unos diez minutos Howington llamó para reprogramar la cita. Si quiere...

—No importa —recostándose de nuevo en su sillón, miró al hombre que la miraba sonriendo levemente—. Al parecer se ha producido un malentendido...

—Si con eso quiere decir que ha cometido usted un error, sí. He venido para hablar con usted sobre su edificio de apartamentos del Soho.

A Sydney le entraron unas terribles ganas de pasarse las dos manos por el pelo, nerviosa.

—Así que ha venido a presentarme una queja como inquilino arrendatario.

—He venido a presentar una queja en nombre de muchos inquilinos arrendatarios —la corrigió.

—Debería saber que, para este tipo de asuntos, hay siempre un procedimiento establecido que...

—Usted es la dueña del edificio, ¿no? —arqueó una ceja.

—Sí, pero...

—Entonces es responsabilidad suya.

Sydney se tensó visiblemente.

—Soy perfectamente consciente de mis responsabilidades, señor Stanislaski. Y ahora, si me disculpa...

Mikhail se levantó, y ella también, inflexible.

—Su abuelo hizo unas promesas. Por honrar su memoria, usted debería cumplir con ellas.

—Lo que debería hacer —replicó con voz glacial— es ocuparme de mi negocio. Puede decirles a los demás inquilinos que Hayward está a punto de contratar a un constructor, porque es plenamente consciente de que buena parte de nuestras propiedades están necesitadas de repa-

ración o restauración. A su debido tiempo nos ocuparemos de los apartamentos del Soho.

La expresión de Mikhail no cambió ante aquel desplante, al igual que el tono de su voz o su postura de tranquilo desafío.

—Estamos cansados de esperar. Queremos lo que se nos prometió, y lo queremos ahora.

—Si quiere enviarme una lista con sus demandas...

—Ya lo hemos hecho.

—Entonces yo misma revisaré los archivos esta tarde.

—Los archivos son los archivos, y la gente es la gente. Usted recibe cada mes el dinero del alquiler, pero no piensa para nada en la gente que tiene que pagárselo —apoyó las manos en el escritorio y se inclinó hacia ella—. ¿Ha visto alguna vez ese edificio, o a la gente que vive en él?

—Tengo mis informes.

—Informes —maldijo entre dientes—. Usted tiene sus contables y abogados que le sirven, y se queda aquí sentada, en este lujoso despacho, revolviendo papeles —hizo un gesto con la mano, abarcando despreciativamente la habitación—. Pero no sabe nada. No es usted quien pasa frío cuando se estropea la calefacción, o quien tiene que subir cinco pisos de escaleras cuando el ascensor está averiado. No le preocupa que el agua no salga caliente o que la instalación eléctrica sea tan vieja que pueda provocar un incendio.

Nadie le había hablado de esa manera. Nadie. El corazón se le había acelerado de pura indignación. Y eso la hacía olvidarse de que se estaba enfrentando a un hombre muy peligroso.

—Está equivocado. Yo me preocupo mucho por esas cosas. E intentaré remediarlas lo antes posible.

Un brillo de ira apareció en los ojos de Mikhail.

—Ya he escuchado esa promesa antes.

—Pues ahora es una promesa que yo le hago.

—Ya, y se supone que tenemos que confiar en usted. Usted, que tiene demasiada pereza o demasiado miedo para acercarse siquiera a examinar por sí misma sus propiedades.

Sydney se había quedado mortalmente pálida, el único signo visible de su furia.

—Ya he tenido que soportar bastantes insultos suyos por esta tarde, señor Stanislaski. Y ahora, o sale por su propio pie de este despacho o tendré que llamar a seguridad para que lo expulsen de aquí.

—Conozco el camino, gracias. Pero aún le diré una cosa más, señorita Sydney Hayward: o empieza a cumplir con esas promesas en el plazo de dos días, o la denunciaremos a las autoridades. Y recurriremos a la prensa.

Sydney esperó a que hubiera salido antes de sentarse de nuevo. Lentamente sacó de un cajón del escritorio una hoja en blanco y la rasgó en pedazos, metódicamente. Luego hizo lo mismo con otra hasta que, ya más tranquila, pulsó el botón del intercomunicador.

—Janine, tráeme todo lo que tengamos sobre el proyecto del Soho.

Una hora después, Sydney apartó los archivos e hizo dos llamadas. La primera fue para cancelar la cena que tenía programada para esa noche. La segunda fue para hablar con Lloyd Bingham, el ayudante de su abuelo, y ahora el suyo.

—Estaba a punto de salir —le dijo Lloyd nada más entrar en su despacho—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Sydney le lanzó una rápida mirada. Era un hombre atractivo y ambicioso, aficionado a los trajes italianos y a la comida francesa. Todavía no había cumplido los cuarenta, se había divorciado dos veces y tenía mucho éxito con las mujeres de su selecto círculo. Sydney sabía que había trabajado muy duro para ganarse su actual posición en Ha-